

XIII Domingo Tiempo

“Contigo hablo, niña, levántate”

28 Junio 2009 P. Carlos Padilla

*“Al que recogía mucho no le sobraba;
y al que recogía poco no le faltaba”*

En estos últimos días de Junio el curso toca a su fin, pero la vida sigue. Los colegios se acaban y la vida familiar cambia durante los dos próximos meses. Y la pregunta que surge en algunos corazones es la siguiente: “*¿Qué hacemos con nuestros hijos en estos meses? ¿Cómo lograr que aprovechen bien el verano, aprendan, descansen y se lo pasen bien al mismo tiempo?*” Muchas veces nos da miedo que tengan demasiado tiempo libre, porque estamos convencidos de que no saben usarlo adecuadamente. Nos preocupa que usen mal la libertad y no queremos que pierdan el tiempo. Queremos que estén ocupados, para que puedan crecer como personas. Nos preocupan sus amistades y sus planes. Es normal que nos preocupen todas estas cosas. Son nuestros hijos y queremos lo mejor para ellos. Sin duda, es lo que más nos interesa, que maduren, que sean personas santas y sabias. Con tanto tiempo libre por delante, surge la duda en el alma, y pensamos: “*No saben usar su tiempo libre y lo van a usar mal*”. Puede ser que sea así. Son pequeños y vivimos en un mundo que nos asusta. Estamos bombardeados por todas partes. Internet es un gran medio con peligros claros. La inseguridad surge en la educación de nuestros hijos. No obstante, al pensar en ellos, surge inmediatamente la pregunta: “*¿Y nosotros? ¿Sabemos usar bien nuestro tiempo libre?*”. Siempre hablamos del “*educador educado*”. Decía el P. Kentenich: “*Cuando educo, educo para el ideal, y yo tengo que vivirlo primero*”¹. Es fácil exigir a nuestros hijos aquello que vivimos en nuestra vida. Pero, muchas veces, exigimos aquello que nosotros no vivimos en absoluto.

El verano es la gran oportunidad para aprovechar nuestro tiempo libre. De repente tenemos algunas semanas libres del ritmo exigente del curso. Días en que el horario no nos lo imponen, sino que nosotros mismos podemos decidirlo. Ante días así, con un ritmo roto, siempre surgen los miedos. Muchas veces me comentan: “*Me da miedo este tiempo de verano sin horarios. Me da miedo perder a Dios de mi rutina, dejarlo de lado*”. La vida sin rutina, sin horarios marcados y fijos, sin horas claras para levantarse y acostarse, crea un cierto desconcierto en la vida familiar y en nuestras almas. Tememos perder a Dios y enfriarnos en nuestra vida interior. Las palabras de S. Gregorio de Nisa nos motivan: “*Todo aquel que tiene el honor de llevar el nombre de Cristo, debe examinar sus pensamientos, palabras y obras, y ver si tienden hacia Cristo o se apartan de Él*”. Así, con este espíritu, queremos vivir estos meses y examinar si todo nuestro actuar tiende hacia Cristo o se queda apegado a los bienes del mundo.

Estos dos meses largos, hasta que el colegio de los hijos nos devuelve al ritmo normal de cada año, son una oportunidad muy grande para cada familia. Es la oportunidad para crecer en los vínculos, para disfrutar juntos de forma distendida, para hablar más y tener momentos de ocio compartido. Es un tiempo para rezar en familia con más paz o incluir a Dios en nuestro día a día. Un tiempo para leer esos

¹ J. Kentenich, Familia sirviendo a la vida, 75

libros que el ritmo del curso no nos deja empezar. Un tiempo para cultivar el espíritu leyendo textos que nos ayuden a rezar, a estar más cerca de Dios. **Un tiempo, en definitiva, para hacer familia, para reforzar nuestra vida familiar**, que en ocasiones, por el ritmo diario, descuidamos por el cansancio y la falta de tiempo.

El tiempo de verano es un tiempo también para la generosidad, como nos lo recuerda S. Pablo: *“Ya que sobresalís en todo: en la fe, en la palabra, en el conocimiento, en el empeño y en el cariño que nos tenéis, distingúos también ahora por vuestra generosidad. Porque ya sabéis lo generoso que fue nuestro Señor Jesucristo: siendo rico, se hizo pobre por vosotros para enriqueceros con su pobreza. Pues no se trata de aliviar a otros, pasando vosotros estrecheces; se trata de igualar. En el momento actual, vuestra abundancia remedia la falta que ellos tienen; y un día, la abundancia de ellos remediará vuestra falta; así habrá igualdad. Es lo que dice la Escritura: «Al que recogía mucho no le sobraba; y al que recogía poco no le faltaba.» Corintios 8,7-9; 13-15. Cristo se hizo pobre para enriqueceros.* Vivimos en un tiempo de crisis económica y sabemos que el verano va a estar marcada por esta crisis que nos obliga a cuidar más los bienes, a ser más austeros en nuestros gastos. En este tiempo de verano escuchamos esta **invitación a la generosidad, a la solidaridad con los más necesitados**. Las palabras de S. Pablo nos despiertan. Vemos a nuestro alrededor tantas familias que necesitan ayuda, tantas personas que precisan nuestra colaboración material y espiritual, que el tiempo de verano nos da una oportunidad nueva para estar atentos, para volver la mirada hacia aquellos que necesitan más, que sufren más por enfermedades o dificultades económicas. En este tiempo vemos la soledad que reina en muchos corazones cerca de nosotros. Estamos llamados a buscar el bien de todos aquellos que nos necesitan. **Es un tiempo de abrir las manos para acoger y dar.**

El Evangelio de hoy nos habla de dos milagros, de dos curaciones. Pero, en realidad, nos muestra un mismo camino de conversión. Sí, porque el primer paso del camino siempre es la NECESIDAD: *“Una mujer que padecía flujos de sangre desde hacía años. Muchos médicos la habían sometido a toda clase de amientos, y se había gastado en eso toda su fortuna; pero, en vez de mejorar, se había puesto peor”*. Se trata de **una mujer** que ha recurrido a todos los métodos humanos. Lucas precisa y aclara que llevaba 12 años enferma (Lc 8, 40-56). Ha buscado en el mundo la salvación y todo ha ido a peor. No ha encontrado la paz y la salud que anhelaba. Lo mismo le ocurre a **Jairo**: *“Se acerco un jefe de la sinagoga, que se llamaba Jairo”*. Se trata de un hombre importante, no ya de una mujer desconocida, pero él también está desesperado: *“Mi niña está en las últimas”*. Lucas precisa de nuevo y dice que tenía 12 años y que está a punto de morir. En Mateo (Mt 9, 18-26) la hija ya acaba de morir cuando Jairo se arrodilla. En cualquier caso, la **necesidad es extrema y por eso acuden a Cristo, porque el mundo no los salva.**

La necesidad provoca el éxodo. El éxodo es la salida de uno mismo en busca de un encuentro. La necesidad nos hace comprender que no podemos solos, que son infructuosos nuestros planes y deseos, cuando nos quedamos encerrados en nuestro corazón, en nuestra vida pequeña y limitada. La mujer enferma lo había probado todo en el mundo y no había sido sanada. Jairo, que tenía poder, no podía salvar a su hija con su poder humano. Ambos se confrontan con su impotencia y con su pobreza. Es **necesario experimentar la necesidad para iniciar la búsqueda de un nuevo camino**, de una nueva tierra, de un encuentro que cambie nuestras vidas para siempre. Cuando nos encerramos, cuando giramos enfermizamente en torno a nuestro yo, estamos satisfechos y pensamos que no nos hace falta nadie. El éxodo es el reconocimiento de la propia pequeñez y de la estrechez de la propia vida. **¿Cuál es hoy nuestra necesidad? ¿A quién vamos cuando experimentamos la necesidad? ¿Pedimos ayuda?**

No es fácil pedir ayuda, porque el orgullo pesa. Es cierto que el corazón anhela en lo más profundo la felicidad. La buscamos directamente y nos olvidamos de algo

importante: "La alegría se alcanza dando rodeos", leía el otro día. Cuando los sueños se ven truncados, sentimos que no podremos nunca ser felices y se nos olvida que es necesario dar rodeos. **Los rodeos nos sacan de nuestra autosuficiencia para ir al encuentro del otro, del que es diferente y me puede ayudar a descubrir el camino adecuado.** Sin embargo, es difícil volver el corazón a otros para pedir ayuda, y manifestar así la propia impotencia. Nos cuesta reconocernos débiles porque el mundo nos enseña a no pedir ayuda. La persona que más vale es aquella que es autónoma y que sabe dar solución a sus propios problemas, sin mendigar el apoyo de otros. Es un signo de valía y de poder. La impotencia que manifiesta el gesto de **caer de rodillas** ante alguien, es algo poco digno. No obstante, sabemos que es el único camino para encontrarnos con nosotros mismos, con nuestra verdad. **El Salmo 4 nos revela nuestra verdad más auténtica:** "¿Quién nos enseñará qué es bueno? Llevamos impresa en nosotros la luz de tu rostro, Señor". Pero para ver ese rostro, necesitamos ir al encuentro de otro rostro, que no es el nuestro. Necesitamos romper las barreras que nos aíslan, **necesitamos reconocer la propia necesidad y experimentar la pobreza.**

Oyeron hablar de Jesús y se acercaron. Ambos se pusieron en camino y actuaron. La mujer se acercó sin ser vista, tenía fe. "Oyó hablar de Jesús y, acercándose por detrás, entre la gente, le tocó el manto, pensando que con sólo tocarle el vestido curaría". Pensaba que con tocar la orla del vestido de Jesús quedaría curada. Hace falta mucha fe. Jairo da un paso más. Sabe que Jesús es poderoso y se atreve a llegar a su lado y presentarle una petición: "En aquel tiempo, Jesús atravesó de nuevo en barca a la otra orilla, se le reunió mucha gente a su alrededor, y se quedó junto al lago. (...) Y, al verlo, se echo a sus pies, rogándole con insistencia: ven, pon las manos sobre ella para que se cure y viva." El que es poderoso se olvida de su poder y se arrodilla. Dice **S. Jerónimo:** "Jairo quiere decir el que ilumina o el iluminado. (...) Humillándose ante la encarnación de Jesús, ruega por su hija, porque el que vive para sí, hace vivir a los demás". El poderoso se hace humilde y pobre, y, entonces, ilumina. Su vida se hace luz porque su gesto señala a Dios en medio de la muchedumbre. **Sabe que Cristo es la vida y dará vida a su hija. No lo duda, cree.**

EL ACTO DE FE de los dos necesitados es un don de Dios en sus vidas. Si no hubieran tenido fe, no hubieran tenido el valor para interponerse en la vida de Jesús. Su fe mueve a actuar a Cristo. Ayer, en una primera comunión, le pregunté a dos niñas: "¿Qué hace falta para recibir a Cristo?" Me contestaron: "fe". Y es cierto, hace falta mucha fe para creer que en el pan que recibimos, Cristo se introduce en nuestra vida y nos transforma. La fe es poderosa desde la impotencia. Porque **Jesús siempre reacciona ante nuestra debilidad.** La necesidad logra que Cristo se vuelque con el que suplica: "Inmediatamente se secó la fuente de sus hemorragias, y que su cuerpo estaba curado. Jesús, notando que había salido fuerza de él, se volvió en seguida, en medio de la gente, preguntando: «¿Quién me ha tocado el manto?»". La mujer no pregunta ni pide, sólo toca el manto con fe. Ante la súplica silenciosa, Jesús actúa con su poder. Cuando Jairo suplica, Jesús se pone en camino: "Jesús se fue con él, acompañado de mucha gente que lo apretujaba". Jesús no puede negar nada al hijo que pide desde su impotencia. Decía **el P. Kentenich:** "La pequeñez conocida y reconocida por el hombre, por el hijo, significa impotencia del Padre y omnipotencia del hombre". La debilidad de Jairo, y de la mujer enferma, es su verdadero poder. Cristo no puede hacer nada ante la debilidad reconocida, no pueda dejar de actuar. **Por eso sólo hace falta una cosa: la fe.**

La fe es el punto de partida para la curación. "Todavía estaba hablando, cuando llegaron de casa del jefe sinagoga para decirle: «Tu hija se ha muerto. ¿Para qué molestar más al maestro? Jesús alcanzó a oír lo que hablaban y le dijo al jefe de la sinagoga: «No temas; basta que tengas fe.»". Al sentir que alguien con fe toca su vestido Jesús se vuelve: "Los discípulos le contestaron: «Ves como te apretuja la gente y preguntas: "¿Quién me tocado?"» Él

seguía mirando alrededor, para ver quién había sido. Ella se acercó asustada y temblorosa, al comprender lo que había pasado, se le echó a los pies y le confesó todo. Él le dijo: «Hija, tu fe te ha curado. Vete en paz y con salud.» En Lucas Jesús lo explica: «Alguien me ha tocado, porque he notado que de mí ha salido poder para sanar». **Ambos creyeron que el poder sanador para sus vidas se encontraba fuera de ellos, en Cristo.** Su fe les hizo ver lo que los demás no veían. Mucha gente tocaba en esa muchedumbre el manto de Jesús. Pero sólo una fue curada. ¡Qué importante es nuestra fe para que Cristo pueda actuar sanando en nuestras vidas! La pena es que muchas veces no tenemos fe. Nos cuesta ver a Cristo en los lugares sagrados y mucho más verlo en los acontecimientos de nuestra vida. **Dudamos y no creemos que de Él pueda venirnos la salvación.** Tocar el manto con fe trae la salvación, sin embargo, con frecuencia, no tenemos esa fe.

Dios sí que salva el corazón del hombre. **S. Juan Crisóstomo comenta de este pasaje:** «Le dice: Vete en paz, mandándola al fin de los buenos, pues Dios mora en la paz, para hacernos ver que no sólo la curó en cuanto al cuerpo, sino también por causa de su mal, en sus pecados». Y continúa diciendo: «Llama hija a la salvada por la fe, porque la fe en Cristo nos hace hijos de Dios». Cristo salva la vida de una mujer que tiene miedo y busca la fe verdadera. **Su fe la ha curado.** Lo mismo que ocurre con la hija de Jairo. La fe de un hombre poderoso, que se arrodilla, trae la salvación a su casa: «No permitió que lo acompañara nadie, más que Pedro, Santiago y Juan, el hermano de Santiago. Llegaron a casa del jefe de la sinagoga y encontró el alboroto de los que lloraban y se lamentaban a gritos. Entró y les dijo: «¿Qué estrépito y qué lloros son éstos? La niña no está muerta, está dormida.» Se reían de él». Pero él los echo fuera a todos y, con el padre y la madre de la niña y sus acompañantes, entró donde estaba la niña, la cogió de la mano y le dijo: «Talitha qumi» (que significa: «Contigo hablo, niña, levántate»). **Son tres tan sólo las resurrecciones** que Jesús realiza en su vida terrena: Lázaro, hermano de Marta y María, el hijo de la viuda de Naím y la hija de Jairo. Son resucitados los tres a una vida caduca que los llevará de nuevo a una muerte definitiva, mejor aún, a una vida eterna. **Estamos llamados a la vida**, como nos lo recuerda **S. Ireneo**, a quien celebramos hoy: «la gloria de Dios consiste en que el hombre viva y la vida del hombre en la visión de Dios» y aclara: «Vivir sin vida es algo imposible y la subsistencia de esta vida proviene de la participación de Dios, que consiste en ver a Dios y gozar de su bondad».

Dios no quiere que el hombre muera, sino que se convierta y viva. Dios quiere que el hombre viva una vida llena de sentido, verdadera y plena. Así lo escuchamos en la primera lectura: «Dios no hizo la muerte ni goza destruyendo a los vivientes. Todo lo creó para que subsistiera; las criaturas del mundo son saludables: no hay en ellas veneno de muerte, ni el abismo impera en la tierra. Porque la justicia es inmortal. Dios creó al hombre para la inmortalidad y lo hizo a imagen de su propio ser; pero la muerte entró en el mundo por la envidia del diablo, y los de su partido pasarán por ella». Sabiduría 15, 13-15; 2, 23-24. Dios nos creó para una felicidad que se nos concede como don, para una vida verdadera. Por eso **el hombre**, cuando experimenta en su vida la intervención salvadora de Dios, **sólo puede exclamar**: «Te ensalzare, Señor, porque me has librado y no has dejado que mis enemigos se rían de mí. Señor, sacaste mi vida del abismo, me hiciste revivir cuando bajaba a la fosa. Tañed para el Señor, fieles tuyos, dad gracias a su nombre santo; su cólera dura un instante; su bondad, de por vida; al atardecer nos visita el llanto; por la mañana, el júbilo. Escucha, Señor, y ten piedad de mí; Señor, socórreme. Cambiaste mi luto en danzas. Señor, Dios mío, te daré gracias por siempre». Sal 29, 2 y 4. 5-6. 11 y 12a y 13b

Cristo pronuncia las palabras salvadoras: «Talitha qumi», «niña, levántate». Y con estas palabras, Jesús sana. **Estos días escuchaba una frase pronunciada en referencia a Vicente Ferrer**, un hombre que, en su larga vida, hizo tanto bien a tanta gente en el Sur de la India: «Hay personas que no deberían morir, porque son valiosas, porque son amadas, porque son únicas». Es verdad, hay vidas que merecen ser vividas y durar eternamente.

El otro día lo hablaba con una persona que había perdido a su padre repentinamente. Su vida había sido también una vida llena de valor, de amor y de esperanza, **una vida para los demás**. Una vida que no debería acabar aquí en la tierra. Ése es siempre nuestro dolor ante la muerte de los seres queridos. Vemos que hacen tanto bien a tantos, que surge la pregunta en nuestro corazón: “*¡Tanto bien que podían haber seguido haciendo! ¿Por qué se lo lleva Dios?*”. Y, ante preguntas así, no hay respuestas, porque nuestra mirada no ve más allá de la muerte y los planes de Dios y su conducción silenciosa, nos siguen desconcertando. Sin embargo, tenemos claro, que aquellos que en su vida han amado, que han dado su vida por los demás y no se han guardado nada para sí, seguirán **vivos eternamente en el cielo y en los corazones** de aquellos que han recibido su amor. El amor es eterno y no muere con la carne. El amor vive y la memoria nos recuerda, que el amor que hemos recibido es para siempre. El dolor no desaparece con la pérdida, puede llegar a ser un dolor hasta físico, y, no obstante, la esperanza nos levanta y nos hace mirar confiadamente a Dios, con fe. Porque **Dios quiere que vivamos así, generosamente, quiere que sembremos a manos llenas, no tacañamente. Dios quiere que nos vaciemos, para seguir viviendo en muchos corazones.**

La muerte de **Michael Jackson** ha commocionado al mundo esta semana. El otro día escuchaba hablar de lo que había sido su vida: Fama, dinero, gastos incontrolados, música genial, arte. Comentaba quien presentaba la noticia: “*Siempre vivió como un niño y acabó muriendo por una enfermedad de adulto, un infarto*”. Una vida en la que nunca supo tomar las riendas, porque, como Peter Pan, quiso pertenecer al mundo de nunca jamás, donde los niños no se hacen adultos. La vida de Michael Jackson ha dejado tras de sí una leyenda y, sin embargo, su vida estuvo llena de dolor, de tristeza y sinsentido. Nosotros no queremos vivir una vida así, con todo el respeto hacia su persona. Aunque el mundo con sus voces nos tienta en muchas ocasiones, **queremos una vida plena de sentido, vivida en el seguimiento a Aquel que nos salva y nos da la paz verdadera.**

Es lo que ocurre en las curaciones de hoy. Los sanados comienzan UNA NUEVA VIDA, fruto de la conversión que trae consigo el milagro. “*La niña se puso en pie inmediatamente y echó a andar; tenía como doce años. Y se quedaron viendo visiones. Les insistió en que nadie se enterase; y les dijo que dieran de comer a la niña*”. Marcos 5, 21-43. La niña se levanta y vuelve a comer. Vuelve a iniciar un camino nuevo, pero ya nada es igual. Antes estaba dormida, ahora, despierta, vive. **S. Ignacio decía:** “*Mi única aspiración y deseo, la única cosa que humildemente ansío tener, es la gracia de amar a Dios, de amarlo sólo a Él. No pido nada más*”. Aquel que ha sido curado por Dios, sólo quiere vivir para Él y amarlo siempre. Jairo, la mujer enferma y la niña de 12 años, comienzan a vivir una nueva vida, una vida como la que deseaba S. Ignacio, en la que poder amar a Dios siempre. **Se trata de una vida plena, una vida para los demás, una vida que merezca la pena ser vivida.**

Este semana celebramos a un mártir de la conciencia, S. Tomás Moro, quien decía: “*Hasta ahora su gracia me ha dado fuerzas para postergarlo todo, las riquezas, las ganancias y la misma vida, antes que prestar juramento en contra de mi conciencia*”. Queremos vivir así, como vivieron los mártires, que, anclados en Dios, vivieron una vida nueva. Al mirar a María en su Santuario, hoy suplicamos vivir de forma diferente. El camino de conversión que hoy nos presentan las lecturas **despierta el deseo del cambio**. María sabe lo que nos va a hacer felices. Sin embargo, se nos olvida y por ello es tan necesario salir de nosotros mismos, para ir al encuentro de Dios en nuestras vidas, con un corazón lleno de fe. Queremos postergar todo aquello que no nos llena, todo aquello que pretende satisfacer sólo un deseo pasajero del corazón. Miramos a María y suplicamos tener **un corazón sencillo y abierto, un corazón de niño, siempre dispuesto a dejarse transformar en las manos de su Madre.**